

# Observar el paisaje devastado

Reseña de Inclán, Daniel. *La marcha catastrófica del mundo. Crítica de la economía política de la violencia*. Bajo tierra: Universidad Nacional Autónoma de México, 2025.

## Blanca Estela de la Soledad Pedroza Hernández

Laboratorio Contra/Narrativas  
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades  
Universidad Autónoma del Estado de Morelos  
Cuernavaca, Morelos, México  
blancapedroza@outlook.com

El capitalismo, en esta modernidad profundamente mediada por la tecnología, suele presentarse como un paisaje diáfano: un cielo aparentemente despejado, sin bordes visibles, cuyo brillo termina por agotar la vista. Su presencia es tan envolvente que cuesta identificar su inicio y su final. Muchas cosas se han dicho ya sobre el capitalismo y aun así encontramos que se pueden decir más. *La marcha catastrófica del mundo*, de Daniel Inclán, propone una lectura contundente y poco convencional que no rehúye las dimensiones más crueles y atroces del orden capitalista: sus múltiples modalidades de violencia, su capacidad para capturar toda forma de existencia y su impulso por convertir la vida en valor abstracto.

Pensar la economía política de la violencia y criticarla es una tarea compleja, no por alguna “naturaleza” intrínseca del sistema, sino por su carácter expansivo y reorganizador, que opera como un entramado dinámico, adaptable y sin centro fijo. En este sentido, la metáfora de la hidra que propone el EZLN en *El pensamiento crítico ante la hidra capitalista* resulta esclarecedora: el capitalismo no es un organismo natural, sino una maquinaria civilizatoria de múltiples cabezas, capaz de regenerarse y reconfigurarse

Recepción: 14-04-2025 | Aceptado: 19-05-2025  
Publicado: 24-12-2025

### Acceso abierto

Esta obra está bajo licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC  
BY-NC 4.0) <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

### Citación:

**Pedroza, Blanca.** “Observar el paisaje devastado”.  
*Estudios del Discurso* 11.2 (2025): 1-4.

**DOI:** <https://doi.org/10.30973/esdi.2025.11.2.243>

cada vez que una de sus formas es cuestionada o cortada. Enfrentarlo implica una lucha agotadora frente a un sistema homogéneo en su lógica, pero multifacético en sus expresiones.

En la actualidad, rodeados de pantallas que traducen la experiencia en píxeles, la violencia parece excesiva y la idea de lo que se ha considerado paz, forma parte de un pasado difuso e idealizado. Es fundamental subrayar que el modelo capitalista no solo es histórico, no procede de una tradición o identidad, sino que es una racionalidad económica que produce sus propias condiciones sociales y rehace los mundos que atraviesa. Su lógica de acumulación lo vuelve transhistórico. Su aparente “naturalidad” es, en realidad, el efecto de una maquinaria que se reproduce mediante la normalización del despojo y la precarización. Se vuelve crucial distinguir entre crisis y colapso, un punto central en el libro de Inclán. La crisis es la manera en que el sistema se reacomoda para seguir funcionando. El colapso, en cambio, sería su impacto. Pensar la violencia capitalista como “crisis” es otorgarle una temporalidad ilusoria, como si existiera un estado previo de estabilidad. Si la violencia funciona como una tecnología de administración del colapso, entonces no se trata de un fenómeno aislado ni excepcional, sino de una estructura que reconfigura Estados, territorios y modos de gobierno.

De ahí que sea vital comprender la violencia desde su raíz estructural. Si el sistema se sostiene a través de la catástrofe, la crítica no puede limitarse a denunciar efectos parciales: debe interrogar su lógica interna. Surgen entonces preguntas centrales: ¿cómo cuestionar un orden que ha colonizado incluso la idea misma de futuro? ¿Cómo pensar más allá de una racionalidad que se expande sin reconocer límites? Inclán señala que el imaginario del porvenir está capturado por la promesa del crecimiento infinito; imaginar un futuro fuera de esta marcha catastrófica implica romper con esa captura simbólica y material.

Vivimos una realidad contradictoria: una gran abundancia material, manifestada en un ávido deseo por consumir, convive con una profunda escasez simbólica. El problema de esta estructuración es el acaparamiento cada vez más grande de recursos naturales. Esta promesa se sostiene de la constante producción que absorbe formas de vida naturales finitas. El futuro presenta una contradicción basada en el consumo ilimitado de recursos limitados. Su aparente transformación constante es, en realidad, una forma de perpetuarse. La economía capitalista cambia sus formas para que su lógica de acumulación y de control siga intacta, incluso al costo de producir violencia y crisis en un mundo limitado. Es así como llegamos a una violencia estructural: la

explotación, el despojo, la destrucción ambiental y la precarización de la vida. Es vital destacar que este proceso de violencia comienza por las formas de vida no humanas que es fácilmente trasladable a las formas humanas. Esta violencia se da en las formas en que nos relacionamos con los objetos. En este orden social y económico se produce un vacío constante que intentamos desesperadamente llenar. Al relacionarnos con las cosas alrededor de la lógica del consumo, limitarlas a su uso y su diseño, naturalizamos una forma de violencia que se expande al entorno. Aprendemos a consumir todo, incluso los cuerpos. Esta forma de habitar nos vuelve crueles, construimos figuras que pueden ser sacrificables en beneficio del progreso irreal. Se pierde una forma de relacionarse con el mundo fuera de la utilidad económica de las formas no humanas. La violencia capitalista es en el fondo una guerra contra la historicidad.

Ahora, a través de este primer acercamiento crítico al carácter epistémico de la violencia, podría asumirse como una forma absolutista y omnipresente. La violencia sí está presente en todas partes, pero de manera diferenciada. Inclán presenta una posibilidad de entender las maneras específicas de actuar de la violencia en escalas y cómo estas se articulan entre sí. Para ello, desglosa los sentidos que dan forma al mundo social en cinco lógicas fundamentales: la primera es la que separa el valor de uso del valor de cambio; esta lógica organiza el mundo de manera que lo que importa no es lo que las cosas son o permiten hacer, sino lo que valen en el mercado. Todo es reducido a mercancía. La segunda divide el mundo en masculino y femenino (régimen sexo-género); aquí la violencia opera al construir jerarquías entre lo masculino y lo femenino, castigando lo que no encaja en ese orden binario. Es una lógica que fija roles y cuerpos, y que organiza una violencia específica contra las mujeres y las disidencias sexo-genéricas. En tercer lugar, la lógica de racialización, que racializa las corporalidades y consolida al modelo del hombre blanco como ideal de humanidad. En la cuarta se separan las vidas humanas de las no humanas; esta lógica organiza el mundo distinguiendo entre vidas que importan, vidas que pueden sacrificarse y aquello que ni siquiera es considerado vivo. Se ejerce una violencia contra lo vivo que después se replica sobre los cuerpos humanos. Y, por último, la quinta es la lógica etaria; en el capitalismo tardío, las juventudes aparecen simultáneamente como fuerza deseada y sujeto enemigo. A la vez, las infancias y las vejeces son administradas como cargas o mercados específicos.

Esta propuesta analítica abre una vía para interpretar cada escala como niveles que no funcionan aislados, sino que se articulan para sostener un mismo régimen de

inteligibilidad. Cada lógica produce sentido en su propio ámbito, pero adquiere potencia cuando se acopla con los demás, creando un entramado que normaliza el mundo contemporáneo de la violencia. Este enfoque permite ver que la violencia no destruye, sino que administra significados. Lejos de ser un residuo o una anomalía, la violencia se convierte en una tecnología que da forma a la vida social, orientando cómo se valoran las cosas, cómo se gestionan los cuerpos, cómo se reconfiguran las instituciones y cómo se narran los hechos. Aquí, la violencia opera como una matriz de sentido que, paradójicamente, construye orden mientras aparenta descomposición.

Además del plano material e institucional, Inclán subraya que la violencia posee una dimensión estética que reorganiza el campo de lo sensible. “La estética de la violencia se caracteriza por una dimensión absolutamente peligrosa, que disminuye la reflexividad sobre el acto de destrucción y sus consecuencias” (183). Esta estética no se limita a representar hechos violentos, también define qué puede ser visto, cómo se muestra el dolor y qué cuerpos son reconocidos o, por el contrario, desechados. En la actualidad contemporánea, la imagen deja de ser un simple testimonio para convertirse en una extensión de la propia violencia a otros espacios y geografías. Se presenta una forma que administra la sensibilidad pública y que, en muchos casos, anestesia el horror. Se ha pasado de la clandestinidad del horror a un mandato de visibilidad, que en ocasiones es difícil apartar la mirada, como mencionaba Susan Sontag en su libro *Ante el dolor de los demás*: el paisaje de la devastación no pierde su condición de paisaje. Dejar de mirar es casi imposible en una sociedad tan digitalizada; sin embargo, observar con crítica es factible. No basta con mostrar, hay que interrumpir el flujo anestésico que se repite y borra.

Inclán no se propone ofrecer respuestas cerradas ni soluciones inmediatas; más bien, se distancia deliberadamente de la crítica moral de la violencia. Su apuesta consiste en abrir una perspectiva capaz de leer las múltiples escalas en las que opera el orden capitalista y, con ello, ampliar la crítica hacia dimensiones que suelen pasar inadvertidas. Al desplazar la pregunta del juicio hacia la comprensión estructural, su análisis permite imaginar otras formas de interpretar —y eventualmente disputar— la marcha catastrófica que organiza nuestra experiencia del mundo. Al desvelar la lógica interna de este sistema, su obra nos proporciona las herramientas para mirar críticamente más allá del aparente “paisaje diáfano” que el capitalismo nos presenta como única realidad posible. 